

## La violencia, ¿un juego sin origen?

Violence, ¿a game without source?

Myriam Jiménez Quenguan<sup>1</sup>

*Ciego a las culpas, el destino puede ser  
despiadado con las mínimas distracciones.*

Jorge Luis Borges

### Resumen

Frente a la tradición de la violencia, es preciso pensar y reconocer al otro sin ningún tipo de exclusión. Más que a un origen, remite al peligroso juego de las dominaciones. Está inmersa en la cultura, en sus prácticas, en el lenguaje. Para contrarrestarla, es necesario leer de otro modo, transformar el universo de lo mismo desde la pluralidad y la hospitalidad. Otro tipo de juego es posible, el de la salud y por lo tanto, el de la vida; es pertinente entonces, crear una huella que trascienda la lógica de la guerra, el olvido y la soledad.

**Palabras clave:** violencia, peligroso juego, dominaciones, lógica de la guerra.

### Abstract

Opposite to the tradition of the violence, it is necessary to think and to recognize other one without any type of exclusion. More that to an origin, sends to the dangerous game of the dominations. It is immersed in the culture, in her practices, in the language. To diminish the violence, it is necessary to read differently, to transform the universe of the same thing from the plurality and the hospitality. Another type of game is possible, that of the health and therefore, that of the life; it is pertinent at the time, to create a fingerprint that comes out the logic of the war, the oblivion and the loneliness.

**Keywords:** violence, dangerous game, domination, logic of the war.

### Introducción

¿Existe un origen de la violencia? Desde una perspectiva crítica, el presente texto, dirigido a todas y a todos aquellos interesados por esta temática, reflexiona sobre diferentes lecturas de este problema, desde la visión del juego hasta su infiltración en diversas formas y prácticas culturales, sociales y económicas.

Se busca además de ilustrar la complejidad de la violencia, con base en diversas posturas filosóficas y artísticas, demostrar la necesidad de pensar de otro modo, sin exclusión y más allá de una lógica del principio y del fin, del bien y del mal.

#### ¿Existe un origen de la violencia?

Según el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, cada pueblo inventa y crea sentimientos de vida, creencias, valores. Cada sociedad construye modelos de normalización, ideales culturales,

costumbres. No existe por lo tanto, origen, sino genealogía, retorno de la voluntad creadora; no hay causa ni fin, sino juego y pluralidad de pensamiento. ¿Cuáles son las reglas del juego? El mundo se ha caracterizado por instaurar el juego de las dominaciones; unos hombres dominan a otros, se apoderan de las cosas, imponen una lógica que ya no es una "relación", se fijan rituales, teatros de métodos; se asignan obligaciones derechos.

Universo de reglas que no está destinado a atenuar sino, al contrario, a satisfacer la violencia. Sería equivocado creer, según el esquema tradicional, que la guerra general, agotándose en sus propias contradicciones, acaba por renunciar a la violencia y acepta suprimirse en las leyes de la paz civil. La regla es el placer calculado del ensañamiento, la sangre prometida. Permite relanzar sin cesar el juego de la dominación; pone en escena una violencia meticulosamente repetida (Foucault, 2004, p. 39).

<sup>1</sup> Docente investigadora de la Universidad Cooperativa de Colombia- sede Pasto; programa de Medicina. Doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, Magíster en Literatura Hispanoamericana por el Instituto Caro y Cuervo. Correo electrónico: egraespejo@hotmail.com

Recibido 30 de mayo de 2009 Aceptado 7 de septiembre de 2009

Según ese sistema, la humanidad instaura la violencia, va de dominación en dominación. Para el pensador francés Michel Foucault, las mismas reglas son ya violentas y vacías, están hechas para servir a unos intereses. "El gran juego de la historia es para quien se apodere de ellas" (Foucault, 2004, p. 41). El cuerpo no está desvinculado de la historia, él no puede reducirse a una identidad meramente fisiológica, forma parte de la guerra y la fiesta, del alimento y del veneno.

El juego –del latín *iocum*, equivalente a broma–, es una práctica comunicativa social, primitiva y antigua, que caracteriza tanto a hombres como animales; muchas veces adquiere un carácter sagrado, ha sido, y es, un pilar importante de la cultura y la vida comunitaria, desde la antigüedad se relaciona con el espectáculo. El *homo ludens*<sup>21</sup> se socializa para alcanzar o representar algo; puede interpretar la vida desde la danza, la fiesta, el canto, la embriaguez. Desafortunadamente, no siempre la alegría está exenta de tragedia; juegos como la caza, el fútbol o el boxeo, constituyen un riesgo.

Por otro lado, la violencia se asocia, también, con los cambios históricos, sociales y económicos. Todas las guerras son violentas; de alguna forma, todo cambio cualitativo la contiene. El hombre ha asumido innumerables sacrificios, los métodos de tortura y muerte se han ido sofisticando hasta llegar a las más inverosímiles formas de aniquilación. Bástenos con mirar la película *El acorazado de Potemkin*<sup>3</sup> para comprender las injusticias que a diario se producen, o analizar la vida y acción del médico Ernesto Che Guevara, símbolo de la rebeldía latinoamericana. En nombre de la liberación y la revolución, ahora mismo mueren centenares de personas y se cometen infames crímenes, Colombia es un ejemplo de ello. A pesar de todo, ciertas formas de violencia como la que se dio en la Revolución francesa, lograron significativas transformaciones sociales.

<sup>2</sup> El *homo ludens*, equivalente a "hombre que juega". Existe un libro con este nombre escrito en 1938 por el holandés Johan Huizinga, profesor, historiador y teórico de la cultura.

<sup>3</sup> Película dirigida por el cineasta ruso Serguéi Eisenstein, se estrena en la primera década de la Revolución Rusa (1925); basada en hechos reales ocurridos en el puerto de Odesa (Ucrania), denuncia los malos tratos y la sublevación de los marineros, simbolizando así el espíritu de la época y la naciente revolución.

Es además, imposible desvincular las guerras de la violencia. Las diferencias ideológicas continúan produciendo enfrentamientos; en este preciso instante alguien muere combatiendo. Todos los siglos han tenido sus guerras; en el siglo XX, sin embargo, éstas han alcanzado una dimensión mundial. Para que no se repita lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki, para no repetir la infamia de Auschwitz, para no seguir aumentando las escenas del horror, es preciso detenerse a pensar. Pensar la violencia es un deber que puede evitar la repetición de tantos desastres.

¿Tenemos por destino la violencia? Más que un destino, aparece el azar, una voluntad de poder, de saber, de querer. Más allá de la moral del bien y del mal, detrás de lo que se ha considerado verdad, hay un sinnúmero de errores. Es necesario reconocer en los acontecimientos sus escisiones, sorpresas, seres excluidos, herencias, devenires. Se tejen distintos comienzos, cada ser lleva su vida y su muerte, y es a la vez, inscripción, transcripción, lenguaje, huella.

La huella no es sólo la desaparición del origen; quiere decir aquí —en el discurso que sostenemos y según el recorrido que seguimos— que el origen ni siquiera ha desaparecido, que nunca ha sido constituido más que después por un no-origen. En adelante, para arrancar el concepto de huella del esquema clásico, que la haría derivar de una presencia o de una no-huella originaria o de archi-huella. Y sin embargo, sabemos que este concepto destruye su nombre y que, si todo comienza por la huella, lo que no hay en modo alguno es huella originaria (Derrida, 1971, p. 20).

Deconstruir la violencia implica transgredir la tradición que rige nuestra civilización, invertir el juego de la dialéctica en una hospitalidad hacia el otro. Deconstruyendo el lenguaje de poder, se abre la posibilidad de un encuentro con el otro desde el amor, el deseo y la libertad. La noción de huella remite siempre a lo otro, no conduce a ningún significado trascendental. La escritura no desemboca nunca en una identidad, territorio o patria, sino en una comunidad.

La cultura es un texto, un tejido de huellas, un entrecruzamiento continuo de injertos. Leer y releer nuestros textos culturales, indudablemente contribuye a no dejarlos intactos. Escrutarse entre líneas, en los márgenes, en lo ilegible, es

transformar la historia de lo mismo para favorecer la diferencia y la pluralidad. Desinstalar el centro, el sistema jerarquizado de oposiciones, para ir a la entraña misma de la vida.

El grama derridiano<sup>4</sup> es la posibilidad de toda inscripción general. El pensamiento está fundado en premisas equivocadas, en falsas seguridades. Por tanto, es urgente ir hacia lo oculto de la violencia, ir a lo que no se puede ver o representar. Lo porvenir es impredecible, existe, como lo señala Cristina de Peretti, una doble posibilidad: la de la catástrofe y la de la promesa.<sup>5</sup> La auténtica hospitalidad renuncia a dominar; la llegada del otro es un acontecimiento, cuestiona todo concepto de hegemonía y homogeneidad.

El porvenir sólo puede anticiparse bajo una forma de peligro absoluto. Es lo que rompe absolutamente con la normalidad constituida y, por lo tanto, sólo puede anunciarse, presentarse bajo el aspecto de la monstruosidad. Para este mundo por venir y para lo que en él haya hecho temblar los valores de signo, de habla y de escritura, para lo que aquí conduce nuestro futuro anterior, aún no existe exergo (Derrida, 1971, p. 14).

Tal como lo vaticinó el pintor español Francisco de Goya, la historia de la razón ha producido diversas clases de monstruos<sup>6</sup>. La historia occidental y oriental, durante más de tres milenios, ha estado atravesada por la barbarie y la violencia; en general, la historia humana está plagada de guerras, muerte, injusticia, corrupción; la muerte como tragedia, tristemente se ha destacado, se ha convertido en la protagonista de las diferentes épocas, la lucha por la paz parece ser una utopía. Es preciso preguntarnos: ¿Somos seres trágicos?<sup>7</sup>

¿Por qué se sigue reproduciendo la violencia?  
¿Qué es lo que no hemos aprendido de nuestros evidentes desaciertos?

<sup>4</sup> Noción creada por el filósofo francés Jacques Derrida, se refiere a una nueva estructura de no-presencia; gracias a ella es posible el surgimiento de los sistemas de escritura.

<sup>5</sup> Peretti, Cristina de, "Jacques Derrida un filósofo tentador", en Derrida, Jacques y Hélène Cixous. Lengua por venir/Langue à venir, Marta Segarra (ed.), Barcelona, Icaria, 2004.

<sup>6</sup> En 1799 Goya crea el grabado No. 43, de la serie Los caprichos, bajo el nombre "El sueño de la razón produce monstruos".

<sup>7</sup> Dentro de un contexto occidental, la tragedia es un género teatral dramático que nace en la antigua Grecia y alcanza su apogeo en el siglo V a. C.

Por fortuna aprendí pronto a separar el prejuicio teológico del prejuicio moral, y no busqué ya el origen del mal por detrás del mundo. Un poco de aleccionamiento histórico y filológico, y además una innata capacidad selectiva en lo que respecta a las cuestiones psicológicas en general, transformaron pronto mi problema en este otro: ¿en qué condiciones se inventó el hombre esos juicios de valor que son las palabras bueno y malvado? (Nietzsche, 1978, p. 24).

Para Nietzsche,<sup>8</sup> somos seres para la vida; lo que habría que cuestionar es cómo el pensamiento basado en el temor y el dolor se ha perpetuado y privilegiado en Occidente, y cómo la voluntad del hombre tiende hacia el goce y la fiesta. Igualmente, habría que pensar por qué la historia oficial ha privilegiado la visión negativa, ¿qué interés han tenido y tienen las sociedades para seguir reproduciendo la visión trágica y la perpetuación de las guerras?

Si bien es cierto que desde tiempos inmemoriales reinan las contrariedades, no podemos quedarnos en ellas; afortunadamente, siempre se han inventado instantes de paz, de fiesta, de tregua. Sin embargo, si no queremos repetir los momentos oscuros de la humanidad, es preciso no desconocer nuestra herencia de violencia. Recordemos por ejemplo, la moral que encierran las disputas bíblicas ocurridas entre Caín y Abel, entre David y Goliat. En nuestra cultura, infinitos ejemplos ilustran dicha realidad, desde los mitos hasta las canciones populares. En las obras clásicas griegas, como en las tragedias de Sófocles: *Edipo* y *Antígona*, queda la huella de la incomunicación e incomprensión humanas y la ausencia divina a la hora de evitar un cruel final.

En *La Iliada*, la guerra de Troya y el rapto de Helena, las hazañas de Héctor y de Aquiles, definen de alguna forma, la condición violenta que padecen

<sup>8</sup> Nietzsche: "326. Los médicos del alma y del dolor.- Todos los predicadores de la moral y los teólogos incurrir en la misma extravagancia: quieren todos ellos persuadir al hombre de que está muy malo, de que necesita una cura enérgica, radical, definitiva. Y como en todos los tiempos han dado los hombres oídos a tales maestros, al cabo algo de esta superstición de que son desgraciados ha llegado a incorporarse realmente a ellos, por manera que los vemos demasiado dispuestos a suspirar, a considerar la vida indigna de ser estimada y a poner todos mala cara, cual si la existencia fuese difícil de soportar. La verdad es que están furiosamente asidos a su vida y enamorados de ella, y con mucha astucia y sutileza quieren destruir las cosas desagradables y sacarse la espina del dolor y de la desgracia" (Nietzsche, 1985, p. 154).

tanto humanos como dioses y semidioses. En *La Odisea* es Ulises quien, después de múltiples aventuras, termina eliminando a los interesados pretendientes de su leal y amada Penélope; a pesar de la masacre ocurrida en palacio, el protagonista sale victorioso, triunfa el amor sin importar el tiempo. Es pertinente señalar cómo la felicidad de pareja se convierte en Homero en una especie de símbolo, por el cual se lucha y se justifica la existencia.

Igualmente, textos hindúes como el *Mahabharata*, atribuido a Vyasa, o textos árabes como *Las mil y una noches*, contienen escenas de violencia. La misma historia de Jesucristo no escapa de este problema; en el cristianismo y en las demás religiones, está asociada a castigo.

Dentro de la complejidad de los conflictos, destacan especialmente los afectivos, los cuales, además de ser cotidianos, ocurren con frecuencia en el seno familiar. El amor, sin duda, sigue siendo una de las máximas aspiraciones humanas.

Una lógica de guerra subyace en toda la historia, la mirada política y moral que se ha institucionalizado distingue moralmente el bando de los buenos y el de los malos; es decir, continúa la tradición occidental, que es la misma de la dominación. Cada Estado privilegia, según sus intereses, la visión de lo que es terrorismo, problema, justicia, salud. También se crean diversos imaginarios sobre el dolor, la muerte, la agresión. Los crímenes, la vulneración de derechos, las lesiones antiguas y nuevas siguen siendo noticia; a veces se intenta olvidarlas, pero siempre se renuevan, captan la atención; se reproducen infamias, impedir su aparición resulta en la actualidad casi imposible.

En países como Colombia, hace falta no olvidar, construir memoria de tantos desastres, la literatura y el arte en general dan testimonio de esta realidad. Existen novelas, pinturas, obras cinematográficas que expresan nuestra particular violencia; en los medios de comunicación el mundo entero nos identifica como un país sangrante, herido, atrasado. El peligro ronda, el acostumbamiento a tantos tipos de intimidación hace que esta pierda el peso de su gravedad y significación; lamentablemente, es

una manifestación tan común y extendida que, prácticamente, se podría decir que es aceptada como una práctica "normal". Vivimos inmersos en una *hiperviolencia*, se sobrepasan los límites previstos, quizá la palabra que mejor defina nuestra dolorosa historia sea la barbarie. Guerrilla, paramilitarismo, narcotráfico, delincuencia común... todo se confabula para hacer de la violencia una práctica cotidiana; la mayoría de las veces, irracional. Desde tiempos casi olvidados, desde la Conquista y la Colonia, el nacimiento de la República, el siglo xx, en cada momento aparece, la crisis de lo humano no tiene fin. De todas formas, llama la atención, por qué sólo a partir de 1948, con el fenómeno identificado como "el Bogotazo", se empieza a popularizar, a localizar y a señalar lo que es la violencia.

Para hacer frente a esta situación, no existe consenso sino soledad, la misma que anuncia *Cien Años de soledad* y que la padece a diario el país y, también, toda América Latina simbolizada en Macondo. La obra de Gabriel García Márquez, no está desvinculada del origen del bien y del mal, texto genético según Germán Martínez Argote (1984, p.14), pues recrea una Arcadia feliz, connotada por el segundo nombre del patriarca José Arcadio:

La historia de la humanidad ha estado jalonada por este mismo tipo de pretensiones utópicas de recuperar paraísos perdidos o de crear otros nuevos. La misma idea de América, en gran medida, en los días posteriores al descubrimiento, obedeció a este impulso genesiaco y utópico de crear un Nuevo Mundo. Macondo, en su fundación, es el símbolo de todas las utopías.

Al no existir políticas justas ni una economía justa y solidaria, ¿será posible erradicar las formas violentas y sus prácticas como la desigualdad? Las diferencias con el Primer Mundo crecen. En las geografías del Tercer Mundo, la falta de oportunidades, el maltrato y el hambre forman parte del día a día.

En América Latina, la violencia se manifiesta desde diversos matices, aunque si algo nos unifica es, por ejemplo, la existencia de las dictaduras y la evidente corrupción política.

La violencia es un fenómeno universal, explica y determina a cada sociedad. Para Aristóteles, ella

también se encuentra en los seres inanimados y existen causas que obligan a ejecutar lo que contraría la naturaleza o la voluntad. Como hemos visto, la violencia ha estado y está en la cultura, en los mitos, la literatura, el arte, la religión, el juego, el discurso. Lejos de desaparecer, cada vez se imponen nuevas formas e, incluso, formas de barbarie; la vida padece una constante amenaza; el fascismo, el nazismo, el racismo, la xenofobia y el fundamentalismo, son sólo algunas manifestaciones de las aberrantes prácticas humanas. Liberar el cuerpo y el pensamiento herido, censurado y masacrado, requiere la unión de afectos, voluntades, deseos, sueños.

Parece mentira, pero la evolución del hombre es cuestionable, aún impera el primitivismo de la ley del más fuerte: miremos lo qué está ocurriendo entre israelitas y palestinos, entre iraníes e iraquíes. Pinturas como el *Guernica* de Picasso, o los desgarrados rostros humanos inmortalizados por Guayasamín, están allí para no olvidar, son nuestra memoria más fiel y más auténtica y son, a la vez, un llamado crítico que indaga y señala nuestros desaciertos. La violencia la vive todo el planeta, ciertos acontecimientos obligan a extremar los sistemas de vigilancia: veamos cómo se modificaron los controles de seguridad aérea desde aquel 11 de septiembre y cómo esto dio pie para desarrollar ciertos procesos de militarización.

La violencia de lo mundial pasa también por la arquitectura y, por lo tanto, la oposición violenta a esta mundialización también pasa por la destrucción de esa arquitectura. En términos de drama colectivo, podría decirse que el horror, para las cuatro mil víctimas, de morir en esas torres es inseparable del horror de vivir en ellas, el horror de vivir y trabajar en esos sarcófagos de hormigón y de acero (Baudrillard, 2004, p. 16).

Se golpea así, dice el filósofo y sociólogo francés Jean Baudrillard, a todo un sistema de valores occidentales y a un orden del mundo. Bajo el nombre de Dios, se siguen legitimando mil formas de violencia, el juego del poder borra las consecuencias y se regresa, una vez más, al transcurrir de lo cotidiano, del cual forma parte la guerra. La misma realidad configura el terror, se expresa y amenaza a través de una singular simbología, supera toda fantasía y sigue ejerciendo fascinación en las masas.

La violencia se ha convertido en espectáculo, el mundo intercambia diversas formas de muerte y de dominación. Para el pensador alemán Walter Benjamin, la estética que se impone es la de la guerra, la cual pertenece a las leyes de mercado; es urgente leer lo que nunca ha sido escrito, lo anterior a toda lengua, ir a las semejanzas inmateriales, esto implica transgredir los espacios lingüísticos dominantes; de allí que, sólo los poetas logren innovar el mundo desde lo indecible de la vida.

Todos los esfuerzos por un esteticismo político culminan en un solo punto. Dicho punto es la guerra. La guerra, y solo ella, hace posible dar una meta a movimientos de masas de gran escala, conservando a la vez las condiciones heredadas de la propiedad. Así es como se formula el estado de la cuestión desde la política. Desde la técnica se formula del modo siguiente: solo la guerra hace posible movilizar todos los medios técnicos del tiempo presente, conservando a la vez las condiciones de la propiedad (Benjamin, 1973, p. 56).

Esto explica por qué en tiempos de falsedad, decadencia, crisis económica, ideológica y cultural, el arte se convierte en la huella más auténtica de lo que es la humanidad. Benjamin vaticinó que la nueva barbarie es la carencia del mundo interno, que detrás de cada acto de cultura se encierran actos que pueden ser deplorables.

La violencia está en todo, es universal y compleja, la utilizamos a diario para designar ciertos comportamientos, actos, prácticas. Posee una variedad inmensa, unos matices específicos que se pueden identificar; su aparición implica la alteración de un orden natural o impuesto, la ruptura o quebrantamiento de una norma, de un Estado, de una moral. Siempre está relacionada con una finalidad e involucra, necesariamente, relaciones sociales, intrafamiliares, interpersonales. Al tener un fin también tiene una justificación, incluso a veces se instauro y se reconoce como algo legal, esto hace que parezca como algo propio de lo humano.

La violencia es el cáncer de la sociedad, todos hablan de ella, pero lejos de extinguirse, continúa vigente y sigue ejerciendo fascinación al poder. Las medidas neoliberales, que son las que sustentan la

globalización, dejan por fuera a la mayoría de la población, contribuyen a hacer más grandes las diferencias y desigualdades.

Existe hoy algo más violento que la globalización económica, que ha condenado a tres cuartas partes de la humanidad a la miseria sin posibilidades reales de salir de ella? Y sin embargo, desde la perspectiva de los países postindustrializados ésta es la expresión más significativa del desarrollo, y el Estado y el derecho se encuentran a su servicio, o más exactamente son los instrumentos que se utilizan para poderla imponer; es decir que la noción de violencia como muchos otros conceptos, cuando se está hablando de sus contenidos y procedimientos no es de carácter universal sino que depende del poder de quien la califica y, así lo que para unos es violento, para los otros no; más aun, muchas veces el mismo acto puede ser visto, dependiendo de quién lo realice, como violento o como heroico (Abello, 2003, pp 3-4).

Desde esta perspectiva, por ejemplo, los individuos que se inmolan pueden ser considerados auténticos héroes o bárbaros. Esta relatividad del poder afecta la mirada, el concepto, la valoración que se haga de la violencia. ¿Es posible hablar de una violencia general, universal? ¿Es mejor hablar de diversas violencias?

Existe violencia física, mental, económica, religiosa, ideológica, intelectual, de género, familiar, etcétera. Aunque está presente en todas partes, en la historia, en la naturaleza, en la sociedad, es preciso decir que sus múltiples formas se tipifican según el lenguaje que la determine, tanto es así, que ella puede ser independiente de los hechos. Con este pensamiento los poderes estatales siguen justificando sus acciones; si antes eran los tribunales de la Inquisición los que condenaban a la hoguera los que pensaban distinto y, esto de ninguna forma era considerado violento, hoy son los gobiernos y los tribunales de justicia, los que se encargan de definir y condenar lo que es violento o no para una sociedad. En Colombia, para el Estado no es violento indultar a los paramilitares, pero quizá sí lo sea para las víctimas.

La violencia, por lo tanto, casi no admite azares, a excepción de las víctimas inocentes producto, por ejemplo, del estallido de una bomba o la

explosión de una mina antipersona. Al tener una finalidad, casi siempre está programada, pensada, buscada; su intencionalidad tiene un sentido. Sin embargo, hay acciones que transgreden incluso a la propia violencia y pasan a ser barbarie. Esta última la ejercen individuos y grupos, carece de racionalidad, no reconoce sujetos, sino objetos. Lamentablemente, en nuestro país la barbarie se está imponiendo sobre la violencia.

La violencia ha sido conjuntamente con la cultura, una pareja de mutua interrelación; la cultura se ha encargado de convertirla en valor de acción y comprensión del mundo, una vez que ella se convierte en una práctica social legitimada. Pero la violencia ha tenido y tiene otro momento anterior a su legitimación y es cuando se ha manifestado a través de luchas de diversa índole para poder imponer una determinada comprensión de las cosas y del mundo, con todo lo que estas dos nociones incluyen (Abello, 2003, pp 10-11).

Dentro de las variantes de la violencia están las acciones individuales y grupales, un ejemplo de ello es el avance de los movimientos fundamentalistas. Otra visión es la que define a Oriente y a ciertos líderes. Recuérdese, por ejemplo, como Mahatma Gandhi defendió el principio de la no violencia y resistencia, postura que lo condujo a la muerte por asesinato. Nelson Mandela combatió la discriminación racial, lo cual le valió a ser condenado a prisión por más de 25 años; su liberación en 1990 se convierte en un símbolo de paz mundial.

Más que encontrar la verdad sobre la violencia, es preciso construir un nuevo juego, no de dominaciones, sino de libertades, saberes y afectos. Cambiar las posturas de miedo y resignación, dignificar al hombre incluyendo sus miserias; incluir a las minorías, a los seres excluidos de la historia, llamar al otro hermano, amigo, extraño... sólo así, pondremos en práctica el respeto, la diferencia y la democracia. Esta es la auténtica salud que todos estamos llamados a vivir. "La salud como la literatura, como escritura, consiste en inventar un pueblo que falta. Pertenece a la visión fabuladora de inventar un pueblo". (Deleuze, 1996, p. 17).

## Referencias bibliográficas

- Abello, I. (2003). *Violencia y culturas*, Bogotá, Cesu, Universidad de los Andes, Alfaomega.
- Baudrillard, J. (2004). "La violencia de lo mundial", en *La violencia del mundo*, Traducción de Carles Roche, Barcelona, Paidós Ibérica, S.A.
- Benjamin, W. (1973). "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", en *Discursos Interrumpidos*. Traducción de J. Aguirre, Madrid, Taurus.
- Deleuze, G. (1996). *La literatura y la vida*, Silvio Matón (ed.), Argentina, Alción.
- Derrida, J. (1971). *De la gramatología*, Traducción de O. del Barco y C. Ceretti, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Dussel, E. (2000). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Madrid, Trotta.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Versión castellana de José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos.
- Martínez Argote, G. (1984). *Macondo somos todos*, Bogotá, El Búho.
- Morin, E. (2004) "Debate con Edgar Morin", en *La violencia en el mundo*, Traducción de Carles Roche, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Nietzsche, F. (1978). *La genealogía de la moral*, Traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial.
- (1980). *Así habló Zaratustra*, Traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial.
- (1985). *La Gaya Ciencia*, Traducción de Pedro González Blanco, Madrid, Sarpe.
- Peretti, C. (2004). "Jacques Derrida un filósofo tentador", en Derrida, J. y Cixous, H., *Lengua por venir/ Langue à venir*, Marta Segarra (ed.), Barcelona, Icaria.